

DE LA INTIMIDAD CON DIOS AL AMOR DE UNOS CON OTROS



El Carmelo Descalzo cuenta con una gran riqueza y herencia que nos ha sido legada. Ya sea por nuestra Madre fundadora, Santa Teresa de Jesús, o por el deber que la Iglesia nos ha encargado, nuestro carisma nos impulsa a una manera concreta de vivir el seguimiento del Señor: tratar íntimamente con Jesucristo, de una manera familiar y coloquial; en otras palabras, vivir en una verdadera intimidad y trato amoroso.

Dicho trato amoroso ¿dónde ocurre? ¿cómo se genera? Un primer acercamiento es en la intimidad; la cual se va sumergiendo en una soledad sonora, como lo indica Juan de la Cruz, hasta que, enamorados completamente de ese Dios, salimos al mundo a comunicar su belleza y su presencia resucitada.

Mas aun, la oración para el carmelita deja de ser simplemente palabras y frases; se convierte en un trato el cual es una acción ¿cómo? Este trato amoroso, se construye en nuestro diario vivir, las palabras, los hechos, los gestos, las acciones... el día a día se hace tema de conversación con ese amigo y confidente.

Entonces, nuestra vida es la oración en la cual, coloquialmente nos presentamos a Jesús. Por ello, la intimidad vivida de un alma enamorada, el diario vivir, y la oración, son una misma cosa para el carmelita.

Ahora bien, ya habiéndose entregado por completo al amor de los amores, a su eterno enamorado, no le queda al alma mas que degustar y disfrutar de ese trato. Por ello, es el fuego del amor que lleva por dentro, que la enciende y quema, que la devora y la lanza a gritarle al mundo un amor tan grande; un misterio que se encuentra en el corazón. Un llamado a la eternidad, la plenitud, la intimidad; intimidad que es alimentada por el fuego y las brazas que ardieron hasta fundirse. Presencia viva y eficaz de Dios, antorcha que llamea en medio de la oscuridad del mundo. Mística y profecía, plenitud de amor que hierbe y conduce a una hondura encarnada. Intimidad que no es solo una soledad, sino una realidad existente que permite que caminemos por el mundo.

Ese trato intimo es una vida encarnada, entregada a Dios que se manifiesta amando al prójimo, un amor avivado que nos afirma en la trascendencia, en lo auténtico, que enaltece en todos ese Dios que nos habita. Si vivimos sumergidos en Dios, podemos ver el reflejo de Dios en el otro, desde el más cercano hasta el que vive en la periferia. Por ello, la misión en aquel que trata en lo íntimo con Dios es ser conducido a vivir de amor y morir amando a Dios en el otro.

Es triste ver tantas personas que dicen amar a Dios, pero ver que no aman a nadie más, que buscan el silencio porque la voz del hermano le es estridente, que no escuchan en ello el clamor y la trompeta profética del amor. Por eso, nuestra misión como carmelitas va dirigida al silencio amoroso, un silencio fecundo que grita con la vida el evangelio de nuestro Señor Jesucristo. No es en vano las innumerables cartas de nuestros santos, Teresita, Isabel, Teresa, Juanita, Edith, Francisco, Juan... mujeres y hombres silenciosos, pero que no pudieron contener para sí ese amor que se les dio gratuitamente.

Por tanto, el silencio carmelita no es un mero silencio disciplinario, es un trato íntimo con Dios que después de haber estado en lo profundo, se comunica al otro, en amor; amor que hemos aprendido en esa intimidad; es decir, no amamos porque lo sepamos hacer, amamos porque nos amaron primero y eso que hemos vivido lo comunicamos.

De manera que el carmelita orante y contemplativo no es aquel que se queda horas en silencio encontrándose solo a sí mismo; más bien, es aquel que, desde ese interior, tras haber tratado amorosamente con su Amante, sale de sí para encontrarse con el otro, con el Dios que le habita, el mismo Dios que contiene dentro. Mas aun, es desde aquí que empieza a conformar una vivencia profunda, no solo para él sino para todo aquel con quien tenga contacto. Por tanto, este es el aporte auténtico del Carmelita, es aquel que es amigo del Señor, que le trata como amigo, como Dios, como Señor, como amante... y a la vez, comunica ese amor y derrama amor a los demás, construyendo así una mejor realidad, un amor fuerte que rompe todas las fronteras.

Fray Darwin Castro OCD